

Murcia: Un mes... UNA peseta.

Resto de España un trimestre 3.50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4.-MURCIA

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES
A PRECIOS SEGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS
DEBEN DIRIGIRSE

Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Año II

MURCIA.-Jueves 15 de Agosto de 1907

Núm. 298

Mal que se agrava

Ya sospechábamos por acá que el proyecto de ley contra la emigración sería una de tantas esperanzas como se tienen al día. Ni el proyecto era bueno ni las autoridades se hallan en condiciones de independencia para cumplirlo al pie de la letra. El mal no es de los que se alivian con palabras escritas, ni con promesas, ni con buenos deseos; es más hondo, es de los que tienen su raíz en lo más profundo de nuestro modo de ser. Para atenuarlo eran necesarias medidas prácticas, disposiciones encaminadas a hacer desaparecer la condescendencia que tienen las autoridades con los que se apoderan de terrenos comunales; de otro modo siempre tendríamos lo mismo y ya lo estamos viendo. Cuando una dolencia corrompe parte de un organismo, hay que atacarla de cualquier manera; el que no lo haga así se expone a perecer prontamente. Y esto nos ha ocurrido a nosotros.

Hoy día, como hemos descuidado tanto la cuestión emigración, el mal es crónico; para conseguir amortiguar sus efectos serían necesarias medidas radicales. En estos asuntos no se puede hacer lo que hicimos nosotros, esto es, mostrarnos indiferentes a todo, y lo que padecemos ahora es justa consecuencia de nuestro imperdonable error. En una nación donde se preocupen de la suerte de sus habitantes, el mal no puede hacer tanta presa, porque enseguida, así que se conocen los efectos, se ponen los remedios para hacerlos desaparecer. Pero aquí, donde lo que le sucede a los más no importa a los menos, donde sólo se procede por cubrir las apariencias, donde la rutina y el formalismo lo invaden todo, para no hacer nada, aquí jamás saldremos de la condición de miserios pobretes, que sueñan con la gloria mientras tienen los estómagos vacíos de todo alimento.

La emigración que despuebla los campos, que deja vaciar las poblaciones, es una sangría suelta que nos mata, que nos consume; poco a poco experimentamos los efectos de esas huidas y con el encarecimiento de las subsistencias, con la falta de artículos para el consumo, con el aumento del hambre entra en el pueblo el convencimiento de que vamos por mal camino y que, de seguir así, concluiremos de la peor manera posible. Las ilusiones ya no encajan en la realidad, y en lugar de ayudar a soportar los dolores, los empeoran más, porque se han corrompido y muestran a los faltos de recursos que si triste y abrumador es el presente, más lúgubre y tremendo se presenta el futuro.

El mal no hay que combatirlo con palabras; tiene que ser con hechos. Mientras las contribuciones, las tarifas de ferrocarriles, los derechos de Aduanas y todas las alcabalas que pesan sobre el productor no se abaratan, el mal seguirá aumentando, aumentando, hasta que acabe con la industria. Nuestros políticos no se han percatado de ello todavía y vamos a pasos agigantados hacia el final. Dentro de poco, cuando el invierno comience a hacer de las suyas, veremos lo que dá de sí el tiempo. Ya por el pronto, y eso que estamos en la mejor época del año, los pueblos emigran en masa; cuando llegue Diciembre tendremos ocasión de ver lo que ocurre.

PLUMAZOS

Delicias de España

Los penados no podrán quejarse de la manera como se les cuida en España. Otra cosa tendremos los españoles, pero no esa mala cualidad propia a los extranjeros que les lleva a mirar a los que cumplen condena como a seres salidos del otro mundo y dignos de todos los castigos. Aquí, donde el que más y el que menos se sienten caritativo hasta dejárselo de sobra, consideramos más a esos infelices, que, siendo dignos de mejor suerte que la que pueden disfrutar en un presidio, se dejaron en mala hora arrebatar de la ira en perjuicio de sus contentos. Sus desventuras nos parecen nuestras y procuramos por todos los medios posibles hacerles más llevadera la vida. Diganlo sino los frecuentes motines y las evasiones ocurridos en las penitenciales de poco tiempo a esta parte. Ello es tan evidente como las evasiones y motines mismos... y tanto como que se las procuramos nosotros.

Alguien, hace poco, se quejó de la irre-

cuencia con que se repetían sucesos tales. A su entender, ello implicaba un gran indiferentismo en los hombres del poder; y para demostrarlo arguía gran copia de datos y razonamientos, de todo punto absurdos. puesto que ofendían los sentimientos caritativos de la nación;—sabido es que aquello que ofende a alguien es absurdo para el ofendido.—Entonces no protestamos; ocupámonos a la sazón en gloriar jubilosamente el decimoséptimo motín ocurrido en el penal de Ocaña y en recordar con fruición el ocurrido en el de Málaga. Además, para «inter nos», los desvarios del que protestaba nos preocupaban muy poco; siempre hubo de nuestra parte un resto de compasión para los desequilibrados...

Ahora, con la evasión de los 24 presos de Zaragoza el júbilo nacional no reconoce límites. Creíamos—y ahora nos convencemos del error en que estábamos—, que los 17 fugados de los establecimientos penitenciarios sería el único contingente que nuestras cárceles reportarían a esa honrada ciudad de presidiarios llamada Orán, cuando la buena nueva viene a sorprendernos. Y para acrecer el júbilo de los españoles, no se trata ahora de fugas aisladas, sino de una sola, sorprendente, maravillosa; 24 presos a la vez! En total, 41 en tres meses escasos, después de otros tantos motines en los presidios de Málaga, Valencia y Ocaña y de quince asesinatos cometidos en vigilantes de los de Ceuta y Cartagena! ¿Hay motivo mayor de más hondo regocijo?...

Y no se tema que persistamos de seguir por el mismo camino. Empeñados en procurarles diversiones, favorecemos a los penados para que se amotinen, fuguen, ó, cuando menos, para que asesinen. Comprendemos que así como a otros les gusta jugar a los naipes, los «Tempranillos» en miniatura se mueren por «pintar un jubeque» en la garganta de «sus amigos», y nos desvivimos por que cuando hayan realizado sus deseos la cosa no pase a mayores y la responsabilidad, si la hay, les alcance tanto como pudiera serlo al Preste Juan. Y todos contentos...

¡Es que somos buenos!

NAZARIN.

Carta de Francia

Dos murcianos, residentes hace tiempo en La Seyne sur mer, habiendo leído en nuestro periódico un hermoso artículo de nuestro activo corresponsal en Cartagena y querido amigo D. Eduardo Pérez, sobre la distribución de premios a los alumnos de la Escuela Naval, nos suplican la publicación de la siguiente carta, cosa que hacemos con mucho gusto:

Sr. Director de EL DEMÓCRATA, Murcia. Leemos en el número del 27 del pasado Julio, en la sección de provincias, el relato del acto que se iba a celebrar en Cartagena para el reparto de premios a los niños que han asistido a las clases de la escuela naval y el deseo de su iniciador, D. José Moncada Moreno, de que esta enseñanza sea obligatoria, como una donde se forman los futuros hombres del porvenir, a quienes hay que inculcar de niños el amor a la marina, sin la cual no puede haber ni patria grande ni progreso posible.

Estamos perfectamente de acuerdo en cuanto a la enseñanza obligatoria, sea de la forma que sea, porque con ella se disipan las tinieblas que de tiempos inmemoriales aun preocupan nuestros sentidos y bueno es hacer hombres para el porvenir que buena falta hacen; pero no concebimos como el Sr. Moncada haya emprendido esa iniciativa, toda vez que España (en otros tiempos asombro del mundo y hoy por desgracia la más atrasada) no tiene sino cuatro barcos malos y viejos, que no sirven ni aun para hacer una marcha de 8 días seguidos. Y si tan pobre es de barcos como se quieren hacer hombres para la marina, si existe siempre un número crecidísimo de jefes y oficiales en reserva, sin que algunos de ellos hayan hecho ningún viaje por mar? Si se hace extensiva esa enseñanza y ésta es obligatoria, ¿qué barcos tendrán colocación todos los que por su amor a la marina, abandonen otras carreras más productivas que la ya citada? ¿o es que se quiere aumentar el número de marinos conforme vá disminuyendo el de barcos, para que luzcan sus flamantes uniformes en paseos y calles, en vez de romperlos en maniobras navales y ejercicios de

práctica a bordo de buenos y modernos barcos?

Buena es la idea del señor Moncada; pero a nuestro juicio puede cambiarse por a enseñanza de la «Justicia» sin política, para que los nuevos alumnos, puedan en su día, ejerciendo su alto cargo, limpiar de saudades el suelo español, (que bastante falta hace) para que una vez limpio se pueda formar una Patria, en la que todos sean sus defensores sin interés y entonces pueda crearse una poderosa escuadra que acorra en su seno todos los aspirantes a la Patria grande y al Progreso humano.

El señor Moncada nos dispensará si en vez de pensar como él, pensamos, primero, en la verdadera justicia, fuente inagotable del bien y del Progreso y segundo, en que ella se encargará de los hombres del porvenir, porque para hacer una cosa, hay que hacer antes los cimientos y si estos no son sólidos, se nos vendrá abajo cuando más entusiasmados estemos con ella.

DOS MURCIANOS.

La Seyne sur mer (Var) 11-8-07.

LA FUERZA (1)

¡Fuerza! razón salvaje de las cosas: yo no te rindo culto: yo adoro el huracán porque es rebelde, no por su fuerza que estremece al mundo.

Jamás en el estruendo de la guerra crecieron las espigas ni a la ruda explosión de las pasiones surgió el amor ni palpité la dicha.

No con la fuerza se redime; nunca de la tormenta brava surgieron más que el rayo y la ventisca: fuerza salvaje que derrumba y mata.

Y el iris que dibuja su arco enorme sobre la paz del cielo, es la sonrisa del amor; la eterna sonrisa que la luz forma de un beso.

¡Fuerza! razón brutal de los tiranos que incesante batallas: tuyos son el puñal, el precipicio, el rojo incendio y la salvaje zarpa.

Todo es tuyo... mas siempre serás débil si tu violenta furia vá a estrellarse en la dulce sonrisa de una virgen ó en el agosto llanto de una madre...

JOSÉ MARTINEZ ALBACETE.

Información especial

Un rato a vicios

No hay vicio bueno; pero los hay menos malos, entre ellos, algunos permitidos, otros tolerados.

Entre los más admitidos y tolerables, hasta cierto punto, eso sí, que también de los que más dominan, considera el vulgo el vicio de fumar tabaco, un vicio inocente.

Pues mal dicho; no es inocente. Esta palabra viene de *privativa*, y *noncens*, dañoso; inocente es el que no hace daño, y el tabaco... a la corta ó a la larga, lo hace.

Según «The Lancet», la mejor revista médica del mundo, no hay otro vicio que cause tantos extragos como el de fumar; pues predisponen el organismo para la tisis en la edad juvenil, sobre todo.

En ningún país como en España se ve tanto renacuajo mocoso con el cigarro en la boca y escupiendo sin cesar a ciencia y paciencia de las autoridades, que se desviven por prohibir otras cosas que debieran ser permitidas y, en cambio, consenten que la niñez se embrutezca y se estrague con el prematuro uso del tabaco, saturándose la nicotina, que atrofia el paladar y envenena el organismo todo en tan tiernas edades.

Cada vez que un bebé de esos se atreve a pedir lumbre muy seriamente a un hombre, dan ganas de encenderle a él, el pelo.

En la América del Norte se imponen castigos rigurosos a los menores de dieciséis años a quienes se encuentran fumando, y también a las personas que les facilitaron el tabaco, y no se ve la razón de que en España deje de dictarse una ley parecida en bien de nuestra raza.

En Turquía se publicó un edicto imperial ó de la sublime Puerta, que imponía al fumador, y no ya niño, sino hombre, el castigo de ser paseado por las calles con

(1.) Del libro Estrofas.

una pipa atravesada por las narices. Los persas llegaron al extremo de imponer penas de muerte al que usara el tabaco, de cualquier modo que fuese, (el más asqueroso y digno del fusilamiento por... higiene, es el mascararlo; después viene el polvito por las narices, el fumar es la forma menos sucia), y en Rusia se mandaba cortar las narices al que tomara rapé.

El tabaco acelera la muerte y aumenta los sufrimientos del que padece enfermedad del corazón, del dispéptico, del canceroso, del asmático y principalmente del tuberculoso; produce la tisis laringea ó la agrava, y otras no menos graves afecciones de la garganta.

Y sin embargo pocos son los que tienen la fuerza de voluntad bastante para desprenderse del tabaco aun sabiendo que con su uso ellos se suicidan. ¿Cuál es la razón? ¿Es un deseo de desafiar el peligro? ¿Es la fuerza de la costumbre? Casi todos los hombre de ciencia se inclinan a creer esto último, entre ellos el doctor Meunier, que ha inventado un producto llamado «nicotyl» a base de una sal de plata coloidal que altera de tal modo el gusto del tabaco que quita el deseo de fumar al más vicioso. Se hacen gárgaras con unas gotas del «nicotyl»; éste deja un sabor picante; se enciende luego un cigarro y como si todos los demonios entraran en la boca con el humo, a las dos chapudas hay que tirarlo. Al cabo de dos semanas de este ejercicio dos veces al día, el vicio ha concluido por asco y para siempre; esto lo asegura «The Lancet» y hasta puede que sea verdad, pero que Dios nos libre de hacer la prueba. Será el tabaco un veneno, mas para quien esto escribe, muy lento, pues al cabo de treinta años de usarlo, no le ha hecho daño aún ni trazas. ¿Y el juego? ¡Oh!, palabras mayores; ese si que es vicio entre los vicios peores. Veamos algunos datos sobre el juego en América del Norte, donde lo tienen reglamentado.

Existen en la población de Nueva York 400 casas de juego, de las cuales 200 pagan cien duros semanales al fisco, y las otras pagan cincuenta; la renta de aquí saca el Estado, suma 1.566.000 duros, que, unidos a los que producen cien garitos de clase inferior y mil chiriatas indecentes, hacen un total de cinco millones de duros anuales; no es mal región tributaria.

Adviértase que en Nueva York es donde menos se juega relativamente, porque allí no existe el acicate de la prohibición, y los intereses de los «puntos» están garantizados por la policía... a su vez compinche de la banca, es claro.

En España garantiza el Gobierno el juego de la lotería, ese vicio nacional (no es éste solo), esa gran timba, cuyo banquero es el Estado, y que después de todo hace que vivan de ilusiones y esperanzas durante unos días a cuantos mentecatos puedan disponer de una cantidad no grande y desconozcan el aterrador cálculo de probabilidades.

También saca el Estado español mucho dinero del tabaco; ¡paya! Los arbitrios sobre los vicios. Y, ¿cual será el peor de estos dos? ¿La lotería, ó el tabaco? Si nos dieran a escoger, nos quedaríamos con que nos tocara la lotería, el gordo, si pudiera ser, y fumar los mejores habanos posibles; ante todo, las virtudes.

X.

CARTAGENA

Ultimatum est

La feria, con todo su esplendor, ha entrado en la agonía; en vano en el real siguen dando al aire sus desacordes notas, los *cines* y puestos de rifas; su herida mortal, es de esas incurables, cuyo solo en cargado de curarla es el tiempo que a semejanza de las golondrinas, tiene que volver burlándose de las ilusiones y de la vida, que pasan para no tornar, que mueren para siempre.

Esa animación inmensa que há pocas noches contemplaba deleitándose con su presencia; alegrándose con su misma alegría; embriagándose con su perfume de belleza y vida no llenará ya el paseo, donde pasaban las horas veloces y sin sentir.

Ya las niñas hermosas é ideales, que en continuo vaivén paseaban pescando corazones con el certero anzuelo de sus ojos soñadores, dejaremos de verlas hasta años sucesivos en el real.

Ya empieza la elevación de anclas en los cinematógrafos, que inician la retirada.

Las luces de la feria van muriendo por familias, esto es, por pabellones, casetas y paseo. Tal vez dejan de alumbrar cansadas de su trabajo en los pasados días, ó mueren desesperadas al contempla, el abandono en que que dejan esas niñas que en noches anteriores hacían competencia con sus ojos, a los fúlgidos destellos que enviaban.

La feria ha muerto. Solo en los pabellones sigue la animación; el paseo se halla casi desierto; los *cafés*, *cerveceras*, etc. son contadas las personas que en si encierran. La aureola de alegría de las pasadas noches, brilla por su ausencia. Dentro de breves días, sólo quedará en el real de la feria, el grato recuerdo de las pasadas glorias, y la hermosa esperanza de las fiestas venideras.

Esta es la vida.

EDUARDO PÉREZ.

14-Agosto-1907.

CUENTO

LOS PASTELILLOS

Aquella mañana (era domingo) el confitero Surcau, de la calle de Turona, llamó a su dependiente y le dijo:

—Aquí tienes los pastelillos del señor Bonnicar... llévaselos y vuelve en seguida... según parece los versalleses han entrado en París.

El muchachuelo, que no sabía una palabra de política, puso los pastelillos, calientes aún, en su tartera, la tartera en una servilleta blanca, ambas cosas sobre su gorro y salió volando hacia la isla de San Luis, donde vivía el señor Bonnicar. La mañana se presentaba espléndida; el sol de Mayo había colmado las fruterías de lilas y de cerezas. A pesar de que la fusilería se oía en lejanía y los toques de clarín en las bocacalles, el barrio de Marais conservaba su apacible aspecto. Sentíase el domingo hasta en el aire de las calles: rondas de chiquillos en el interior de los patios; niñas jugando al volante frente a las puertas, y la pequeña silueta blanca que se perdía en el desierto arroyo esparciendo un olorillo de pastel caliente, completaban el cuadro de aquella mañana de batalla, comunicándole una especial sencillez y un particular aire de fiesta.

Toda la animación del barrio parecía haberse extendido por la calle de Rivoli. Arrastrábanse cañones, se trabajaba en las barricadas, a cada paso se veían grupos de nacionales que andaban atareados; pero el buen aprendiz confitero no se inmutó por eso. ¡Están estos chiquillos tan acostumbrados a andar por entre la multitud y el ruido de la calle! ¡Y como precisamente era en los días de fiesta y de bullicio, duraba todavía el trajín de los primeros del año!

¡Qué le importaba la batalla! Lo principal era llegar a casa del Sr. Bonnicar al sonar las doce y recoger volando la propina que ya le esperaba en la mesita del recibidor.

De repente la multitud se fue arremolinando de un modo terrible; los «pupilas» de la República desfilaban con paso acelerado, cantando. Eran muchachos de doce a quince años, cargados con «chassepots», encarnados cinturones y grandes botas, con el mismo orgullo de verse disfrazados de soldados como cuando en días festivos juegan con sombreros de papel y algún ridículo trozo de tela encarnada en el arroyo del bulevar. El aprendiz viose esta vez envuelto y de tal suerte empujado que le costó gran trabajo conservar el equilibrio; pero él y su tartera habían dado ya tantos resbalones en el hielo, habían jugado tanto por las aceras, que los pastelillos salieron una vez más incólumes.

Por desgracia, el bullicio, los cantos, los cinturones rojos, la admiración que causaban aquellos muchachos, despertaron en el aprendiz irresistibles deseos de dar una vuelta por las calles en compañía tan agradable; así fué que, después de haber pasado ya el Hotel d'

